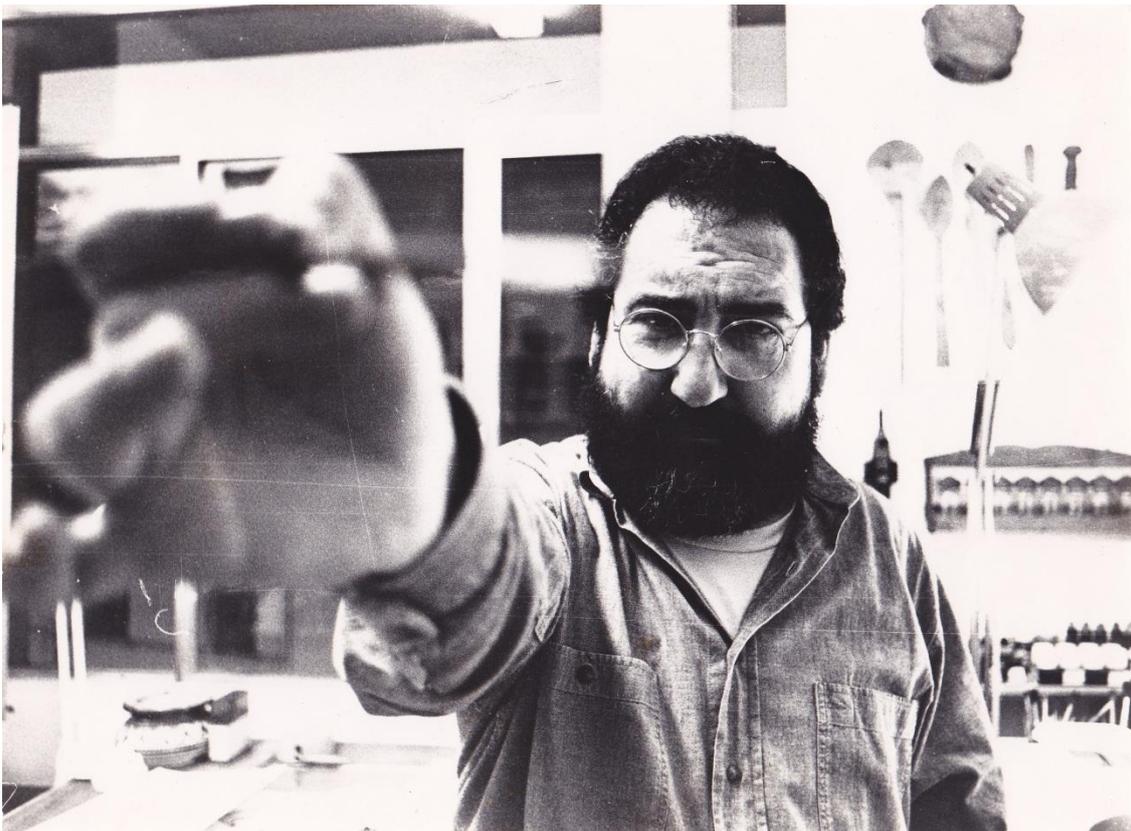


A modo de reportaje. José Abad: recuperación y reconocimiento de un artista

Ernesto Martín y Clara García Hernández
Ldos. en Periodismo
Universidad de Sevilla

José Abad pasó demasiado inadvertido a pesar de tener una obra extensa y de su paso por la política. Su carácter modelo hizo que fuera muy querido por todos además de respetado. Vivió entre Ceuta y Sevilla, alternando etapas de su vida en ambas ciudades. Murió en la capital hispalense y a pesar de su enfermedad, dejó este mundo con una sonrisa, pero con la pena de no pasar los últimos días de su vida en la ciudad que lo vio nacer, Ceuta.



José Abad en su estudio, 1992.

José Abad, siempre se caracterizó porque le costaba abandonar la cama. Dormía mucho. Esto se debía también a que era un hombre nocturno, pasaba muchas horas en la

madrugada haciendo lo que más le gustaba, a lo que dedicó gran parte de su vida, a dibujar, a pintar, a crear.

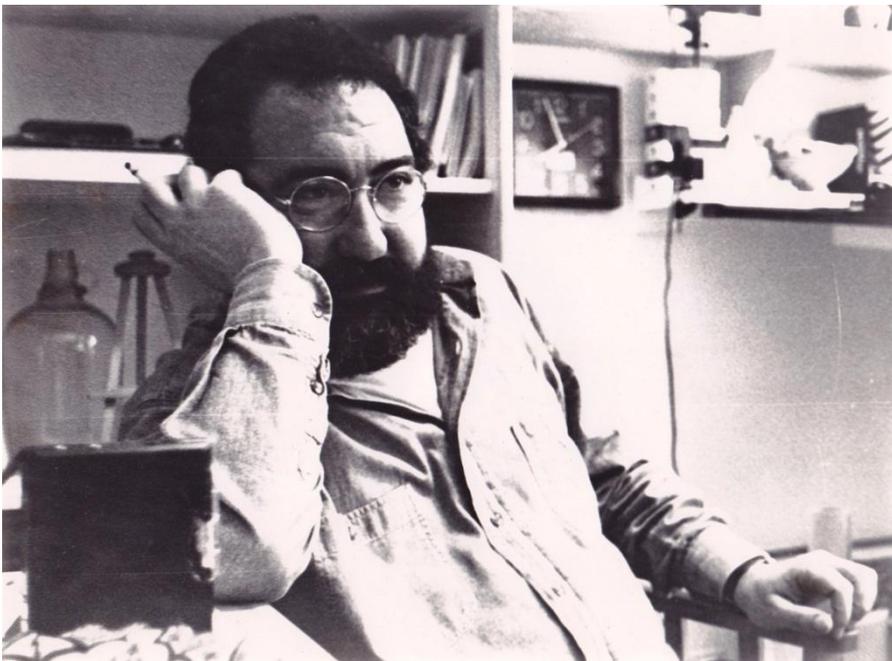
Fue por esto por lo que nadie prestó atención a una extraña somnolencia, en lo que posteriormente se sabría, eran las últimas semanas de su vida. El cáncer se lo llevó así, con sueño. Quizá fue esta la manera en la que la vida le devolvió el gran favor que él le había hecho con su arte. La muerte le llegó de forma repentina, pero incluso, en los instantes finales, siempre tuvo tiempo para sonreír.

El destino quiso que fuera en Ceuta el lugar donde nacería una de las figuras del panorama artístico español. José Abad llegó al mundo el 12 de noviembre de 1945, en la calle Duarte ceutí. Es posible que la influencia de Ceuta fuera un aliciente más en la vocación de José Abad. Ceuta siempre ha sido lugar de paso y también donde se han afincado la mayoría de civilizaciones mediterráneas, desde los romanos, pasando por los bizantinos y por supuesto el mundo árabe, a esto hay que unirle la influencia de Marruecos. José siempre estuvo muy vinculado a la cultura marroquí, viajaba mucho a Marruecos, sentía una enorme atracción por la cerámica y el arte de este país.

Aunque de familia humilde no dejó nunca de tener las mismas oportunidades que cualquier otro. Se respiraba ambiente de libertad, con algún pero, pero nunca con un no, en una casa en la que sus padres generalmente otorgaron la suficiente autonomía de decisión a sus hijos. Fue esta la tierra idónea de donde germinaría una semilla que crece en busca de la luz que le da vida, en este caso, la luz de la inspiración. Ese aire que inhalaba refrescando los pulmones y también la mente lo encontraba José Abad en la madrugada. Era la noche una gran aliada que conseguía sacar lo mejor de un repertorio artístico extenso. En una de esas noches, en la adolescencia, una amiga de la familia se había quedado a dormir en la casa de los Abad. Como era costumbre, José no se durmió con el resto. Vio en la cara de la niña un lienzo inmejorable donde plasmar su arte y así lo hizo. Pintó la cara de la niña, que se llevó una sorpresa mayúscula al mirarse en el espejo por la mañana. Peor lo pasó su madre, al ver el estado de la almohada y el rostro ya manchado, en lugar de pintado, cuando entró en la habitación. Al final, todo quedó en anécdota, una anécdota que ejemplifica perfectamente la actitud de José frente al arte y frente a la vida.

Siempre se caracterizó por ser un tipo risueño, amable, que trataba con enorme respeto a todo el mundo. Todos guardan un grato recuerdo de un personaje que desde muy joven demostró talento en el mundo de la pintura y del dibujo. Jamás cambió su manera de ser, incluso en la vida política. Nunca adaptó sus horarios a las exigencias de la oficina, más bien, fue la oficina la que forzosamente tuvo que adaptarse a él. No concebía levantarse temprano porque era la noche la que le daba la vida e intentaba aprovecharla al máximo.

Fue José un fumador empedernido, Rafael Abad, uno de sus tres hijos, no recuerda haber visto a su padre sin un cigarro en la mano. Siempre lo acompañaba el humo de un tabaco que jamás ensombreció sus ideas.



José Abad, en su estudio fumando durante una entrevista concedida a *El Faro de Ceuta*. 1992.

La infancia de José fue una infancia relativamente feliz, sin contratiempos, o por lo menos, sin contratiempos severos. Ya apuntaba maneras desde pequeño en uno de los placeres de la vida, dormir. Cuentan que una vez mientras comía, se dejó dormir con la cuchara en la mano, la reacción de su madre fue simplemente decir, “ya seguirá comiendo cuando se despierte”. Son este tipo de pequeñas cosas las que forman la

actitud y el sentimiento de libertad en un hombre que no conoció las reglas estrictas, salvo las de la educación, el respeto y las del arte.

Ya en la juventud se marcha a Madrid en el año 1963 para emprender los estudios de Arquitectura. Fue esta una ciudad en la que José no se sintió cómodo en ningún momento. No le gustaba la capital de España, fue por esto por lo que en su etapa allí aprendió gran cantidad de juegos de cartas, dejando a un lado, claro está, los estudios.

Este sentimiento se lo comunica a su hermano, Manuel Abad, afirmando que no encuentra su espacio allí, que se siente realmente solo, por lo que su hermano Manuel empieza a mover hilos para poder traerse a José a Sevilla donde continuará sus estudios, en este caso, de Bellas Artes.

No ingresó directamente José Abad en Bellas Artes ya que sus ideas innovadoras no cuajaban con el estricto academicismo de la época. Fue estando Amalio del Moral en el jurado de elección cuando Abad consigue al fin, entrar donde siempre debió estar, rodeado de aquello que más le gustaba. Se respira otro aire en el edificio de Bellas Artes, nada tiene que ver la Escuela artística con ningún otro centro universitario y es aquí donde José Abad empieza a ser realmente feliz. Encontró su lugar en Sevilla, ciudad que inspiró parte de su obra. Amalio del Moral fue una figura clave para José. Inseparables durante toda la estancia del artista ceutí en Sevilla.

Aunque enamorado de Sevilla nunca olvidó su ciudad natal, Ceuta, a la que volvió para ejercer de profesor de dibujo desde 1970 a 1974 en el Instituto de Bachillerato de Ceuta. Ese año regresa a Sevilla donde permanecerá hasta 1983, cuando vuelve de nuevo a Ceuta para emprender su andadura política. En 1996 tiene que abandonar su cargo de Delegado de Cultura en la ciudad autónoma, aterrizando de nuevo en la capital hispalense donde ejercerá de profesor en la Facultad de Educación.

Es posible que la obra de José no tuviera una repercusión mayor porque siempre se mantuvo a la sombra de Amalio del Moral. No porque este lo eclipsara, sino porque Abad no fue nunca dado a promocionarse a sí mismo, simplemente hacía lo que le gustaba, siempre, eso sí, cuando a él le apetecía.

José se pegó a la figura de Amalio porque este representaba académicamente lo que él más admiraba, las vanguardias. Amalio no seguía una línea estricta en su arte, además era muy poco tradicional, por lo que José vio en Del Moral la figura en la que inspirarse y a la que seguir para crecer artísticamente.

A José Abad siempre le interesó enseñar la práctica artística desde un punto de vista contemporáneo, no desde la tradición, es por esto por lo que vio en Amalio un buen espejo donde reflejarse en el futuro, cuando ya empezó a ejercer de profesor.

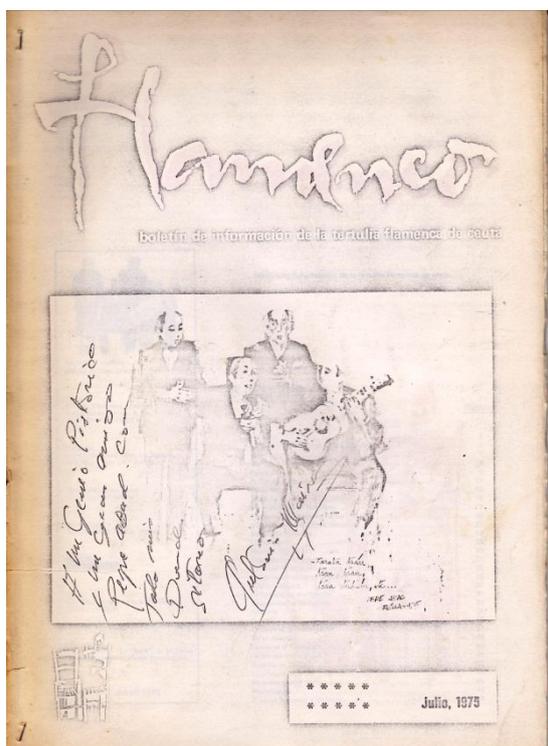
La obra de José Abad



El Navegante.

Una de las mayores desgracias que le puede suceder a la cultura es que el fuego acabe con ellas. Fahrenheit 451, novela publicada por el escritor estadounidense Ray Bradbury ya lo advertía. 451 grados Fahrenheit (233° centígrados) es la temperatura a la que el papel de los libros se inflama y arde. No sabemos a cuantos grados subió la temperatura en el incendio que arrasó la vivienda del hermano de José Abad donde se encontraba la mayor parte de la obra del artista, lo que sí quedó claro es que es mejor tener repartido por distintos sitios aquello que posee un gran valor. Fue esta una desgracia, que sin embargo, no impidió a su obra seguir viviendo. Por suerte todavía queda bastante del legado del artista.

Abad recibió multitud de premios, pero el que sin duda lo convirtió en un artista reconocido fue el Premio Nacional de Dibujo María Blanchard para artistas jóvenes en 1974. Fue el dibujo su vocación y fue el dibujo el que le proporcionó la felicidad, además de trabajo. Dominaba la ilustración de libros y revistas de una forma magistral. Sus dibujos fueron portada de numerosas revistas y publicaciones entre las que se encuentran la revista Flamenco y la del grupo sevillano Gallo de Vidrio.



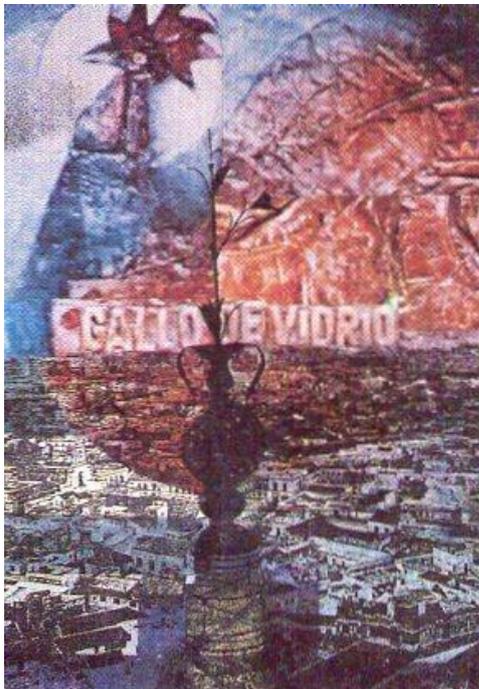
Portada de la revista Flamenco de 1977

Hubo diversidad de temas a los que Abad dedicó su obra. Los más destacados fueron el flamenco, la vejez y temas marroquíes.

El flamenco fue una de las pasiones que más conmovían a José Abad. Algo bastante curioso porque no había una tradición flamenca en la familia. Sentía tanta admiración por el arte flamenco que incluso lo trasladó a Ceuta de una forma regular. Muchas de sus obras tuvieron que ver con este tema. Tocó también la vejez, aunque en este sentido es un misterio la admiración que despertaba en él. Abad siempre se caracterizó por ser bastante introvertido, era amable y cordial, pero había muchas cosas que se guardaba para sí. Esto le vino muy bien para la vida política, ya que había mucha confianza en él desde Madrid.

Gallo de vidrio

Es en Gallo de Vidrio donde José Abad encuentra un escaparate para su arte además de rodearse de un ambiente intelectual enriquecedor. No importa la rama artística en la que se centre la obra, basta con exponerla para que los demás puedan disfrutar. Música, poesía, dibujo, pintura, todo tiene cabida en un grupo que acaba de cumplir cuarenta años y del que Abad formó parte. Suyas fueron numerosas portadas de la revista del grupo de intelectuales sevillano.



Portada del libro realizada por José Abad que Gallo de Vidrio publicó en 1994 con motivo del vigésimo aniversario del grupo.

Abad fue un hombre bastante activo dentro de la organización, aunque su marcha a Ceuta para ocupar el cargo de Delegado Cultural, lo desvinculó de manera directa. Aún así, Pepe Gil, fundador del grupo, mantiene un vivo recuerdo de José Abad. Según Gil, Abad era un hombre sencillo y muy amable, “te recibía y te daba todo”, y con un gran sentido del humor. Él lo compara con Sancho ya que a pesar de la libertad que irradiaba no era un hombre idealista.

Hubo un tiempo en el que este grupo, que suele realizar tertulias de forma habitual, se reunían en la Plaza de Doña Elvira, en el famoso barrio sevillano de Santa Cruz. Es aquí también donde la Fundación Amalio, de Amalio del Moral, tiene su sede. Para conocerla mejor: <http://www.fundacionamalio.com/index.html>

Se puede decir que durante una etapa de su vida José Abad fue todo un gallo.

Política

En 1983, tras la victoria del Partido Socialista, a José Abad lo nombran Delegado de Cultura en Ceuta. Fue este todo un reto para Abad ya que en Ceuta, por aquel entonces, no ofrecía nada o muy poco culturalmente. José se encargó de colocar en Ceuta un amplio cartel cultural, además de rehabilitar el patrimonio cultural e histórico de la ciudad autónoma. José Abad muere siendo el político que más años ha estado ocupando un puesto de estas características, algo que supone una gran constancia, a pesar del marcado carácter bohemio que lo caracterizaba.

Para entender el trabajo de Abad en Ceuta nada como el escrito que José Luis Gómez Barceló publicó en el Faro de Ceuta. Gómez Barceló fue compañero en la política y amigo del artista.

Mi amigo Pepe Abad

Escribir es confesarse con el papel y la pluma –ahora con el ordenador y la impresora– pero publicar lo que se escribe es dar a conocer algo íntimo, es algo así como desnudarse ante los demás, y eso es duro. Quizá por esta razón no he sido capaz de escribir nada hasta hoy, y menos aún de Pepe, ni de Concha ni del resto de la familia Abad. Supongo que era obvio que lo hiciera, pero por vez primera en muchos años sentí eso que llaman el bloqueo del escritor, a lo que se añadía el no poder quedarme con esa imagen tan sólida del artista indiscutible, del político eficaz, del creador infatigable de cultura, porque detrás de esa imagen había un ser increíble, una persona que

quienes tuvimos el privilegio de ser admitidos en su pequeño círculo no olvidaremos nunca.

Durante casi veinte años Pepe Abad ha sido mi mejor amigo. Así, sin ambages, y espero que quienes forman parte de eso que una buena amiga mía llama mi familia cultural no se molesten por la afirmación. Pepe ha sido un amigo, un hermano mayor – así le gustaba a él que nos refiriéramos el uno del otro–, un padre, un maestro, un compañero... Echando la vista atrás, hasta aquel día en que nos presentó Germán Borrachero en la que luego sería su casa, me doy cuenta de que entonces Pepe y Concha tenían menos años de los que yo tengo ahora, y veo a sus hijos jugando a su alrededor.

La casa del Rebellín –el padre Montes nos dio legitimidad filológica para seguirlo escribiendo así– ha sido durante años la mía. Alrededor de esa mesa camilla que tantas veces he reconocido como una referencia en nuestras vidas, compartimos vida, familia, aficiones... Una mesa que luego se trasladaría a Sevilla y que quedaría unida a la de mi casa por el teléfono y los viajes.

Estoy acostumbrado a las muertes repentinas pero había olvidado ya lo que se siente al saber que la vida de alguien a quien queremos se agota. Había olvidado cómo se siente uno al mentirle, al ser consciente de nuestra pequeñez, de nuestra impotencia ante la muerte. Lo decía Concha en el salón de su casa sevillana ¡cómo han cambiado nuestras vidas en dos meses! Y yo pensaba en ese fin de semana, recibiéndonos en la escalera de casa, mostrándonos sus avances en la tesis, sentados en su estudio, cenando en nuestra mesa con Rosa Ros, o fundidos en un último abrazo, con Mariano Bertuchi y su esposa, frente a su casa.

No sabemos cómo, quizá por el entrenamiento mental que suponía trabajar con un profesorado destinado a niños con minusvalías físicas, pero es lo cierto que la enfermedad que debía arrastrar hacía mucho tiempo no pudo cercenar sus ansias de trabajo, ni con sus alumnos, ni con sus experimentos pictóricos, ni mucho menos con su tesis, ese estudio de quien había admirado desde niño y que tanto nos unió siempre, de Mariano Bertuchi Nieto.

Si yo hubiera tenido que presentar a Pepe en un acto, quizá me hubiera tenido que mandar callar, porque no habría tenido tiempo suficiente para explicar quién era. Su

creatividad no sólo se quedaba en su obra pictórica, sino que era un investigador de cualquier actividad humana –ahí están los Cuadernos del Rebellín y Ceuta Cultural para probarlo– pero era también un escritor plagado de imágenes literarias, como demostró en su colaboración con el catálogo dedicado a Bertuchi en su reciente magna exposición. Su obra como ilustrador pasa por el grupo Gallo de Vidrio, la Fundación Machado y un sin fin de libros y revistas (yo tuve el privilegio de contar con su firma en la portada de mi historia de la prensa, en 1984).

En la cultura ceutí nadie ha hecho más con menos. Así de claro. Cualquier idea era válida para él y la falta de medios le obligaban a montar buena parte de las cosas en su propia casa, con sus materiales: catálogos, carteles, publicaciones... Y claro, eso le obligaba a no salir de casa más que para ir a la oficina. Allí se gestaron las primeras actuaciones serias de rehabilitación de las fortificaciones, de la restauración de la Patrona y tantos otros proyectos.

Noble donde los hubiera, leal, hasta su propio perjuicio, honesto, hasta límites insospechados, y cálido como un abrazo, así era Pepe. Tan importante como ha sido su obra y, sin embargo, no creo que sea representativa de todo lo que tenía dentro de sí, de todo lo que una vida más larga podría haberle y habernos proporcionado. Tan importante como ha sido su obra y, sin embargo, tampoco creo que sea suficiente para llenar el vacío que nos deja a todos los que le queríamos.

Seguramente ahora, quienes recurriamos a su consejo constantemente seremos más pesados a los demás, seremos más recurrentes y más imprudentes, porque, al menos yo, he perdido una de mis grandes referencias y, francamente, me va a ser muy difícil sustituirla. Como diría su maestro, el maestro Aróstegui: ¡Pepito hijo, que faena nos has hecho!

Un abrazo en donde quiera que estés de tu amigo el bandido. (J.L.G.B.)

Últimos años en Sevilla

José Abad retorna a Sevilla en 1996, cuando el Partido Socialista pierde las elecciones. Para Abad esa vuelta supone un duro sacrificio ya que el pintor ama a Ceuta y no quiere despegarse de allí. Se ve obligado, entre otras cosas, porque es en Sevilla donde tiene el puesto de profesor en la Facultad de Educación. Hay un cambio en la vida de José Abad y su familia puesto que son muchos años ocupando el cargo político y viviendo en una

ciudad en la que ellos se sentían cómodos, mucho más José Abad. Tras varios años buscando una nueva adaptación que no llega, el artista empieza a sentir unos síntomas de somnolencia a los que nadie presta atención puesto que siempre se caracterizó por dormir mucho. Al final fue el sueño lo que dio el diagnóstico de la enfermedad que padecía, un tumor cerebral. Duró a penas un mes desde que se le diagnosticó y en ese tiempo siempre hubo un gesto cómplice con su hermano que lo acompañó hasta el final.



José Abad (izquierda) y Manuel Abad (derecha) formaron una familia peculiar. Ambos, hermanos, se casaron con dos hermanas. Esto hizo que permanecieran siempre muy unidos. 1998

Vida artística y premios

A pesar de que nunca pintó sus obras por encargo y de que se tomaba el trabajo con calma y sin prisas, José Abad si que participó en la ilustración de numerosos libros y publicaciones. Estas fueron algunas de ellas.

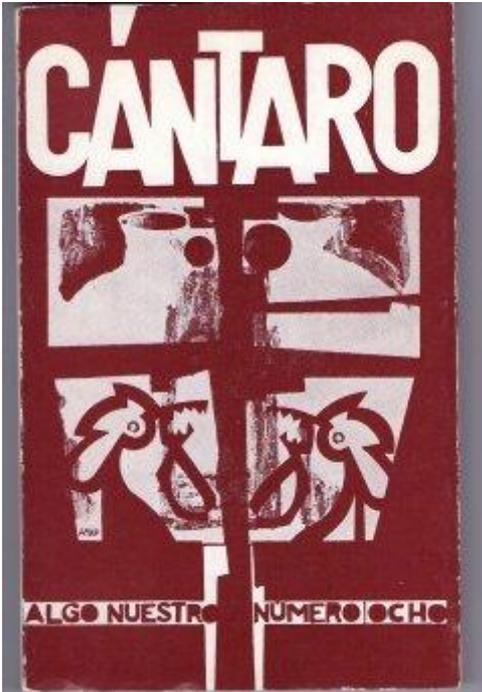
Breve biografía de Fray Bartolomé de las Casas, Dr. Manuel Jiménez Fernández (1966)

En los brazos del mar (Poemas a Ceuta), Luís López Anglada (1970)

Poema de la isla redonda o inventada, Eulalia Dolores de la Higuera (1970)

El siglo de oro de las matemáticas, Jaime Rigual Magallón (1972)

Cántaro, Colección Algo Nuestro nº 8, Gallo de Vidrio (1976)



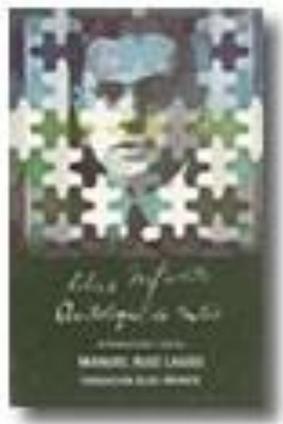
Refranero (Recueil de Proverbes Juedo-Espagnols du Maroc), Raphael Benazeraf (1978)

Al aire el canto del gallo, Colección Algo Nuestro nº 9, Gallo de Vidrio (1979)



La pintura románica en Cataluña y La pintura románica en España, Joan Sureda (1981 y 1985)

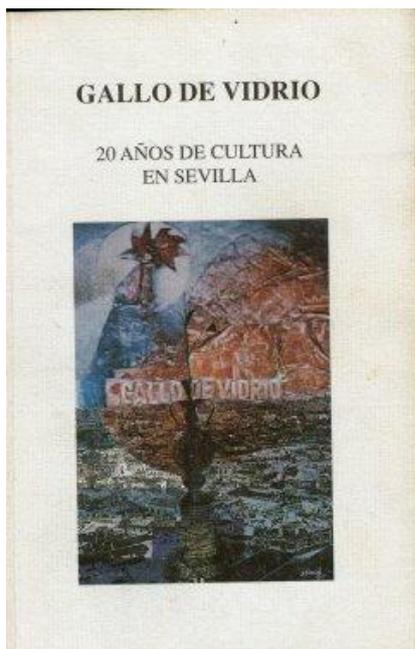
Blas Infante, Antología de textos, Manuel Ruiz Lagos (1983)



Apuntes para la historia de la prensa ceutí (1820-1984), José Luís Gómez Barceló (1984)

Diccionario Enciclopédico Ilustrado del flamenco, Tomo I, José Blas Vegas- M. Ríos Ruiz (1988)

Gallo de vidrio, 20 años de cultura en Sevilla, (1994)



También ganó varios premios artísticos, dos de ellos a nivel nacional.

1965 - Primer Premio de Pintura Navideña, Colegio Mayor Universitario Hermano Colón (Sevilla).

1966 - Premio Extraordinario de Colorido y Dibujo, Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría (Sevilla).

1967 - Primer Premio de Pintura, Primer Certamen Facultad de Filosofía y Letras (Sevilla).

- Segundo Premio de Carteles –Adarajas’ 67– E.U. de Arquitectura Técnica (Sevilla).

1969 - Segundo Premio de Pintura, III Certamen Universitario “El Deporte y las Bellas Artes” (Sevilla).

- Segundo Premio de Pintura, III Certamen Universitario “Colegio Mayor Universitario Fernando el Santo” (Sevilla).

- Primer Premio de Pintura, Certamen Alumnos E.S.B.A. Santa Isabel de Hungría (Sevilla).

1973 - Primer Premio de Dibujo y Segundo de Pintura, Certamen Nacional de Artes Plásticas (Ceuta).

1974 - Premio Nacional de Dibujo María Blanchard para Artistas Jóvenes.

1975 - Premios de Pintura, Universidad de Sevilla

En la ciudad de Ceuta pueden verse varios murales de José Abad en honor a los conquistadores de Ceuta. El ceramista fue Antonio Parrilla, elegido por el propio José.

